

haciendo del que así obra un pecador, un criminal contra Dios; porque al obrar así, no sólo arroja á Dios del puesto que le corresponde, es decir, del derecho que tiene de asignar á todos nuestros esfuerzos el fin único y último hacia el que deben dirigirse, sino que aun comete otro crimen al suplantarle. En todos estos pensamientos y en todos esos actos ocupa en lo sucesivo el rango que solamente conviene al ser infinito y más alto.

Así es como el pecado equivale á la tentativa de arrojar á Dios de su trono para elevar hasta él al propio yo.

4. El pecado, muerte de la humanidad.—Según lo que acabamos de decir, la expresión pecado mortal no necesita otras explicaciones.

Lo que sucede en la planta que se aparta de su fin último, debe también suceder en el mismo caso á la planta humana. No muere del todo repentinamente, porque la misericordia de Aquél de quien el hombre se apartó en su locura, no lo abandona tampoco inmediatamente, pero ya no es posible un sano desenvolvimiento del hombre para llegar á su perfección. Separado de su verdadero fin, se debilita; halla trabas su acción, por no decir que queda destruída. En vez de tener un fin supremo y último, ilimitado é infinito, se ha propuesto como fin último su propio yo, limitado y estrecho. Fácil es concebir lo que el hombre llegará á ser obrando así; le pasa lo que á la viña si se la deja arrastrarse como el tallo de la calabaza; sería una deformidad mezquina que se marchita lentamente y muere lo mismo que el pequeño abeto cuya extremidad fué cortada, como si se hubiera querido obligarle á dirigir su crecimiento hacia la tierra.

El pecado es, por lo tanto, necesariamente la ruina del hombre, la muerte de la humanidad. Mosen describió sus efectos de una manera conmovedora al hacer el retrato de un mal rico: «En su pecho, que había adquirido la diafanidad del cristal, yacía el alma acurrucada, deteriorada, seca, tan vacía y anulada, que todavía ahora me estremece su recuerdo. El germen del alma estaba allí desolado

como un niño á quien matasen antes de nacer, informe, horrible, destinado á la nada. Una muerte eterna ¿debe llamarse vida? Y no pude menos de decirle: ¿Por qué diste muerte á tu conciencia?»⁽¹⁾

(1) Jul. Mosen, *Gedichte*, 56 y sig.